

## **El teatro en Panamá: Entre problemas, excepciones y esperanzas**

**Daniel Domínguez**

Hablar de una década es tratar de remontar acontecimientos de un pasado cercano a una realidad actual. El asunto es más difícil cuando hay que escribir sobre el teatro en Panamá, un arte que todavía sigue pareciéndose a la Cenicienta de las tiras cómicas, pero sin zapatos de cristal y sin su príncipe azul.

Mencionaremos las obras que al entender de quien escribe y con un consenso de otras personas conocedoras del teatro local, descollaron en la década de los ochentas. Por desgracia, fueron pocas las destacadas, si bien hubo una buena cantidad de montajes, la calidad no siempre acompañaba a estos trabajos. Sería fácil decir que la mayoría fueron hitos teatrales, pero nadie sale ganando en esta mentira: Creo que es hora de ser sinceros con nosotros mismos, no sólo para bien del país sino del teatro en general. Pero por suerte, siempre existen las excepciones a toda regla y el teatro en Panamá no fue en contra de esta ley.

¿Quién tiene la culpa? Todos tenemos nuestras cargas. En Panamá, no existió una real y concreta política cultural que ayudara a fomentar y a desarrollar todas las manifestaciones del arte, aunque hay que reconocer que la dictadura militar que derrocó a la oligarquía criolla el 11 de octubre de 1968 y que fue desmantelada con la intervención estadounidense el 20 de diciembre de 1989, ofrecía respaldo, pero siempre y cuando, de una u otra forma, sirviera de propaganda al régimen "popular" y "nacionalista." Esta fue una época en la que muchos intelectuales se vendieron al mejor postor.

Si bien tenemos una Escuela Nacional de Teatro, ella trabaja con bajos presupuestos, con pocos profesores y escasos alumnos, muchos de los cuales nunca llegan a trabajar de forma permanente en las tablas. Nuestra dramaturgia, como se verá más adelante, es casi inexistente al momento de verla en las salas, no porque no tengamos, sí tenemos y mucha es interesante,

pero no pasan de ser un hecho literario, pues pocas son montadas. Hay pocos grupos de teatro. Lo que pasa es que duran el tiempo de la breve temporada y luego vuelven a verse de forma aislada o cuando, por coincidencia, vuelven a encontrarse como parte de un elenco.

Los jóvenes actores no tienen muchas oportunidades de desarrollarse como artistas; las casas comerciales no ayudan lo suficiente a las obras, salvo que sea una pieza de comedia ligera que no se meta ni critique a nadie. La Universidad de Panamá representó una valiosa joya al momento de darle la cara por el buen teatro de texto y de búsqueda, con montajes de autores nacionales, clásicos y comprometidos. Los medios de comunicación social no ofrecen mucho espacio para dar informaciones teatrales, sin mencionar que las reseñas y críticas periodísticas o especializadas sólo eran dadas por un grupo de personas, cuya misión fue efectiva, pero la cantidad no fue la necesaria.

El teatro nuestro surge por primera vez en los ritos religiosos que realizan los indígenas mucho antes de la llegada de los colonizadores españoles: los Cunas con sus "Cantos de Cacería," los Guaymies con "La Clarida," los Chocoes con la invocación a los espíritus para pedirles protección. En 1809 se estrenó la primera obra en Panamá, en la ciudad de Peonomé, *La política del mundo*, tragedia del panameño Víctor de la Guardia y Ayala, escrita en tres actos y en verso. El primer montaje en la Universidad de Panamá fue en 1959, 24 años después de fundada, con la obra *La casamentera* de Thornton Wilder, dirigida por Frank McMullan de la Universidad de Yale.

En el medio teatral, otro aspecto que no permite que el teatro tome fuerzas es la ausencia de salas adecuadas para la presentación de obras en el amplio sentido de la palabra. Ante tal ausencia, se han tenido que habilitar otros lugares que son originalmente para otros fines. En el ala comercial hay dos salas que mantienen un movimiento teatral definido, no necesariamente por la calidad de obras presentadas sino por intentar periódicamente ofrecer montajes: Teatro en Círculo (240 butacas) y La Cúpula (180 butacas). Luego, otras salas son el Teatro Nacional (800 butacas), Teatro Guild (147 butacas) del área de la Zona del Canal; el Teatro Anayansi (2806 butacas), Teatro Balboa (1100 butacas) el Salón Boquete (150 butacas), el Teatro al Aire Libre (Parque Recreativo Héctor Gallego); la Bóveda 4, en la plaza de Francia, en el Corregimiento de San Felipe (70 butacas) y el Auditorio del Museo Antropológico Reina Torres de Araúz (120 butacas).

La década de los ochenta en nuestro teatro comenzó precisamente en 1980 con la *Fiesta de cumpleaños* de Harold Pinter, dirigida por Ricardo Gutiérrez y presentada por el Grupo Teatral La Mosca en la Universidad de Panamá. En opinión del poeta y dramaturgo panameño, Jarl Ricardo Babot, la pieza se destaca por "la profundidad de la puesta, patética y sugerente; llena

de misteriosa poesía escénica. Así mismo, por la carga de violencia que emana del trabajo de Pinter que Gutiérrez, director, asume con plenitud y madurez. Por el tratamiento del absurdo diario de una vida fragmentaria. De todas las vidas fragmentarias de los personajes."

Luego en 1982 aparecen tres obras que merecen ser mencionadas por su factura acabada, tanto en el montaje como a nivel de actuación y por ofrecer senderos seguros al fortalecimiento teatral. Ellas son, en su orden, *La madriguera* de Jairo Aníbal Niño, por John Ryan con la Junta Teatral Victoriano y estrenada en 1982 en el colegio Primer Ciclo Panamá. En opinión de Héctor Rodríguez este trabajo experimental fue "de gran consistencia, en donde los recursos de teatro 'pobre' jugaron un papel importante" y para Roberto King, actor y conocedor cinematográfico se logró una "propuesta redonda, cuasi-lírica, envuelta en una atmósfera de realismo mágico, sustentada por excelentes actuaciones, dirección y ambientación." *La agonía del difunto* del colombiano Esteban Navajas Cortez en el Paraninfo Universitario de la Universidad de Panamá y la pieza convencional *Contigo pan y cebolla* adaptada a la realidad nacional, escrita por el cubano Héctor Quintero en el Teatro Guild de Panamá, ambas bajo la dirección del salvadoreño Norman Douglas, director teatral de la Asociación Teatral Tablas (ASTETA), una especie de cooperativa independiente y con esta pieza, esta organización fue el mayor aporte dado por este artista al teatro panameño.

En teatro de calle sólo sobresalió el grupo Oveja Negra, surgido en 1981, bajo la tutela de Ileana Solís con *El circo requeterrojo* (1982), creación colectiva, una propuesta que "rescata elementos de la vida cotidiana, de nuestra cultura popular y los devuelve a sus generadores, jugando y enseñando, sacando partido al espacio abierto, la expresión corporal y el trabajo vocal," en palabras de King y su segundo trabajo *El ahogado más hermoso del mundo*, adaptación de un texto de Gabriel García Márquez.

Por ser un texto difícil y por la acertada comprensión de los conflictos internos de los personajes por los actores fue *Un enemigo del pueblo* una obra que encierra el drama del hombre contemporáneo de Henrik Ibsen, dirigida por Jarl Ricardo Babot y el Grupo Teatral Laberinto, en la Universidad de Panamá, la única puesta interesante de 1984.

En 1985, la reconocida obra de Brecht, *Madre Coraje y sus hijos*, dirigida por Jarl R. Babot y el grupo Laberinto de la Universidad de Panamá, presentada en el Paraninfo Universitario, ofreció un ejemplo vivo de la combinación de un excelente texto, una dirección acertada y un equipo actoral de primera. En ese mismo año, *Cambio de guardia* dirigida por Roberto McKay en el Teatro en Círculo y la constante lucha diaria de imposibles en *La revolución* del venezolano Isaac Chocrón en la Bóveda 4 del Casco Viejo

de San Felipe. De esta pieza, el actor y director de teatro, Emilio Mojica dice que en ella se ofrece una excelente obra tanto "texto dramático y a nivel artístico al momento de ponerla a escena. A pesar de que se desarrolló con pocos recursos económicos."

Norman Douglas ofreció en 1986 dos montajes de valía en la sala del Teatro en Círculo: *Casa de muñecas* del noruego Henrik Ibsen y *La casa de Bernarda Alba* del español Federico García Lorca. En esta última "hay que destacar lo compacto de la misma y la unidad creativa que se mantuvo: actuaciones, escenografía, vestuario, etc.," comenta Rodríguez.

*Todas tenemos la misma historia*, cuatro monólogos para mujeres de Franca Rame y Darío Fo, dirigidas por Douglas y realizada en la Sala Tablas (altos del cine Bella Vista) y la comedia de humor negro, *Feliz acontecimiento* de Slawomir Mrozek, dirigida por Héctor Rodríguez C., con el Grupo Gárgolas, en el Museo Antropológico Reina Torres de Araúz fueron las mejores de 1987. Según Babot esta obra hizo "un asombroso acercamiento del director a un mundo desajustado, inverosímil, pleno de alternativas."

En conclusión, la tendencia de esta década fue la presencia de un teatro universitario vigoroso, el crecimiento del teatro comercial, la falta del teatro experimental, las escasas piezas infantiles y en cuanto a obras se hicieron comedias, dramas y tragedias de las más diversas tendencias y características, desde Eurípides e Ibsen a Calderón y Gógol. Para Douglas esto se debe en parte a "los intereses e ideologías de los diferentes directores o asociaciones teatrales." Sobre las escasas obras de panameños montadas con éxito, Mojica opina que obedece a la "poca dramaturgia nacional y las existentes son difíciles de montar para los grupos que están interesados en ellas y porque hay un cierto oportunismo, los directores prefieren obras que ya sean reconocidas en escena y así no se arriesgan." Según King, nuestro teatro está perdiendo "rigurosidad, creatividad y continuidad. . . . El trabajo de grupo, que es el único que puede crear un movimiento teatral, se ha ido desvaneciendo."

En cuanto a los dramaturgos panameños y a las obras que fueron montadas, tenemos a Agustín Del Rosario (*El bajo y el alto* y *A veces esa palabra libertad*); Ernesto Endara (*Demasiadas flores para Rodolfo*, *El fusilado* y *Una bandera*); Jarl Ricardo Babot (*Preguntas en la oscuridad*, *Donde vive la langosta*, *El interior del pacífico reloj* y *La fiera en el jardín*); José de Jesús Martínez (*Enemigos*); Alfredo Arango y Soberón Torchía (*Pepita de Marañón*) y Arango de forma individual (*Belleza de calendario* y *Tin ma rin*).

Si bien falta trabajo y empeño para encontrarnos a nosotros mismos como seres humanos y panameños en el teatro que montamos, hay talento, buenos dramaturgos y otro buen director, que con ayuda estatal, con interés y algo de dedicación podemos crear un verdadero movimiento teatral.

Tenemos la esperanza que las cosas cambien para bien y que ese día de gloria esté pronto por llegar.

*Panamá*



*Misterio barroco* de Eduardo Almeida Naveda. Teatro Experimental Ecuatoriano. Rocío Bonilla, José Alvear y Eduardo Almeida Naveda.